

libros

las dos irmas libros de la unam

A calzón amarrado

Nostro grupo

Sí, seguramente los pueblos tenemos los gobernantes que nos merecemos, las esposas de los gobernantes a las cuales no hemos siquiera elegido y que sin embargo ejercen un poder omnímodo, y las amantes de los gobernantes acompañadas de todo un folklore que incluye interpretaciones personales de la política y la historia del país.

Y también, supongo, los pueblos tenemos los jerarcas económicos que nos hemos ganado, lenta y decisivamente, acompañados con toda la parafernalia cortesana de esposas, amantes y lacayos, chismes y escándalos, manipulaciones y sucios manejos.

A calzón amarrado (sobre Irma Serrano) por Elisa Robledo. Fleischer Editora. México 1978. 296 pp.

Nostro grupo, por Irma Salinas Rocha. Editorial Isaro, Monterrey, Nuevo León, México. 1978. 293 pp.

Resulta revelador que el año pasado, a la distancia de pocos meses —cuatro para ser precisa— dos libros sustentados en el escándalo, escritos por sendas mujeres y —hay que destacarlo— infamemente escritos, hayan conocido tirajes infrecuentes para nuestros hábitos editoriales, aunque con destinos diversos: *A calzón amarrado*, sobre Irma Serrano, tuvo una tirada en su primera edición de 20 000 ejemplares (la han seguido otras ediciones de las que desconozco el número y las tiradas); de *Nostro grupo*, por Irma Salinas, impreso en España, se sabe que los 50 000 ejemplares fueron secuestrados. Y aquí entra el surrealismo nacional: las autoridades encargadas de efectuar el secuestro se han dedicado, exitosamente, a negociar con el libro que alcanza en el mercado negro el precio de \$2 000 pesos. Yo lo he leído en una copia fotostática que Fernando Benítez me proporcionó —una forma más de distribución clandestina.

Otro común denominador en ambos libros sería el rencor con que han sido escritos; rencor y desquite. Las dos Irmas han sido objeto de despojo y desprecio y no han encontrado mejor medio para descargarse que echar todo el lodo posible encima de sus ofensores. Con un agregado nada desdeñable: obtener notoriedad en el proceso, un poco más de la que en distinta medida conocían. No satisfechas con el papel secundario que al lado de los protagonistas del poder político y económico han tenido —como amante de altos funcionarios una, como esposa y madre de conspicuos empresarios la otra— Irma Serrano e Irma Salinas intentan convertirse, por medio de sus escritos, en personajes centrales de ese gran teatro del mundo que es nuestro México de fines del siglo XX.

¿Será una fácil interpretación concluir que ante tales provocaciones el poder económico del grupo Monterrey se ha visto amenazado, ha tenido miedo de la divulgación del escándalo y ha puesto todos los medios para contenerlo, secuestrando la edición completa de *Nostro grupo*, en tanto que el poder político federal, o bien no ha conocido ese miedo o bien ha evitado ejercer la represión que supondría retener la edición de *A calzón amarrado*? (sólo la ejerció expulsando del país poco tiempo después a la editora extranjera Fleischer). Pienso que en el caso de *A calzón amarrado* la explicación probable esté en la persistente iconoclasia que venimos practicando los últimos tiempos, siempre y cuando este herejía no toque a los actuales objetos de culto y a sus más cercanos allegados.

A calzón amarrado es el testimonio que Irma Serrano —cantante, actriz, empresaria de teatro y en sus ratos libres concesionaria de lucrativos y corruptos negocios— ha confiado a la periodista Elisa Robledo. Esta ha dado la versión escrita, en un lenguaje pobre y mal construido, de lo que en el lenguaje más



coloquial le ha sido referido, armando un cierto montaje que aligera el testimonio, de suyo ligero.

Claro está que el relato y una suerte de cosmogonía personal se deben totalmente a Irma Serrano. El sistema que explica su concepción del univeso es muy simple: "Un árbol frondoso plantado en el fango y habitado por gusanos llenos de miedo", y "a la que esto cuenta (la Serrano), un chiripazo la colocó en una ramita desde donde pudo darse cuenta de lo que hacía el gusano mayor, el menor, el menor de los menores y el que, sacudido por algún viento, iba a llegar también a la punta del árbol".

Una cierta congruencia se advierte en las ideas y juicios de Irma Serrano y esto, en sí, tiene un mérito —no obstante el necesario demérito que las propias ideas y juicios entrañan—. La Serrano lo mismo dice: "Este señor (el presidente Luis Echeverría) quería obligar al millón de mexicanos que sí trabajamos, o por lo menos pretendemos hacerlo, a mantener a los muchos millones de haraganes que han tenido tierras y oportunidades de trabajo y no las aprovechan"; que puede definirse como "la que escala las más altas esferas de la política y el poder, e influye en las decisiones que cambian los rumbos de un país"; o que responde, cuando se le pregunta "qué soluciones tomaría si incurtionara en el poder", afirmando: "Lo primerito que haría es esterilizar a las mujeres con más de dos hijos. Sin ningún mira-

miento. Multas altísimas a las mujeres que hicieran caso omiso". Y "¿qué otras medidas tomaría?", vuelven a preguntarle: "Abriría grandes casinos para que el dinero no salga del país, en lugar de andar con mojigaterías. El pueblo no tiene con qué jugar. Juegan los que tienen dinero, y si quieren arriesgarlo, al menos que se vaya a los paisanos que de veras lo necesitan". Una justa manera, no cabe duda, ésta de distribuir la riqueza para quien el mundo puede reducirse a un árbol poblado de gusanos.

Irma Serrano es la expresión más exacerbada de hembrismo delirante. El título del libro *A calzón amarrado* juega con todos los posibles significados incluyendo al más transparente: aquel calzón de manta que le ponían de niña, atado fuertemente con cintas a los muslos y cintura, rematado con un nudo ciego que siempre, alguien de la casa, debía desanudar —su "cinturón de castidad", pero también la causa desencadenadora de una cistitis crónica. . . Muy pronto supo cómo desembarazarse de él: "He ganado mucho dinero con mis discos y mis representaciones personales cantando y actuando. Pero mentiría si dijera que toda la fortuna la he acumulado solamente con mi trabajo profesional. También he juntado muchos millones como mujer". Aunque de este último quehacer no se hace, precisamente, grandes ilusiones: "Para estos funcionarios (se refiere desde luego a los funcionarios gubernamentales) como un objeto, una bacinica, nada más que yo era una bacinica pensante. Me imagino que las demás mujeres que incursionan en estos menesteres con poco cerebro no pasan de ser bacinicas puras".

Tiene Irma Serrano, sin embargo, una satisfactoria idea moral de sí misma: "Creo que precisamente el éxito de mis desnudos se debe a que soy una persona limpia de mente. Derecha. Jamás conocí la morbosidad".

La machorra que lleva dentro y que muy fácilmente se manifiesta, cuando decide en un momento dado que "debía vivir su vida plenamente", busca a un muchacho joven y bien parecido para que le engendre un hijo. Habiéndole fallado este primer seminal busca otros dos que fracasan igualmente. Y cuando las circunstancias lo piden, está siempre dispuesta a liarse en una pelea de lucha libre, pues dice: "No permito que nadie me golpee".

La lección ha sido aprendida muy pronto por Irma Serrano en ese universo machista en que nació y creció. Para defenderse de los otros nada mejor que convertirse en opresora ella también. "Por eso he sido una cabrona en toda la extensión de la palabra. Soy dura para tratar a un hombre, muy dura . . . En estos momentos es muy difícil que Irma pueda encontrar un hombre



en México. Hasta el más pintado y al de más cojones yo le quedo grande”.

Irma Salinas Rocha tiene también su cosmogonía personal; una parte de ella aparece en la dedicatoria: “el deslumbrante sol”, su padre, “la plácida luna”, su madre; “dos estrellas hoy lejanas”: el esposo con quien procreó sus hijos y el maestro y segundo esposo “quienes amándome alumbraron las noches bellas de mi firmamento”; “los múltiples, acelerados satélites” sus ocho hijos; “la tierra, su planeta bienhechor que amorosamente le da vida”, su actual compañero y, por último, “el esplendoroso cometa”, un joven abogado que no ha sucumbido ante los encantos de la autora.

De entrada, dos elementos se hacen presentes en *Nostro grupo*: la cursilería y la infame factura. Y decir cursilería no es sólo referirse a un infalible mal gusto sino a incontroladas ambiciones, a una flagrante megalomanía.

El noble altruismo que manifiesta en la dedicatoria “esta obra que nació como respuesta a un llamado de mi conciencia, tratando de interpretar desde el status social en que estoy ubicada, el sentir general, en aras de coadyuvar en la estructuración de nuevas formas de vida bajo enfoques que acarreen mayor bienestar a nuestra sociedad, que es esencialmente para quien la ha plasmado”, esa pretendida generosidad de que en todo mo-

mento Irma Salinas Rocha hace gala, resulta sin remedio tramposa.

Si en el testimonio de Irma Serrano llama la atención una absoluta congruencia entre su vida y proyecto de vida, entre ideas y hechos, en el libro de Irma Salinas ocurre precisamente lo contrario. El lector, en todo momento, advierte una falta de correspondencia entre lo que la autora pretende ser y el retrato que de sí misma entrega, y ante tal desfasamiento ese mismo lector se siente engañado.

Irma Salinas Rocha nos ha mostrado su altar enumerándonos los santos y santones que lo habitan. Inmediatamente después va a establecer una justificadora explicación —para ella— del porqué escribe el libro: “Tal vez ante esta verdad (la que dice que el “sentimiento de maternidad es el más fuerte de todos los afectos que es capaz de anidar una mujer, el más sublime, el único que puede darse sin exigencias de reciprocidad”), hijos míos, mis actuaciones en la vida pueden parecer a simple vista contradictorias con mi naturaleza y con todo lo que en verdad creo es básico en mi existencia; debo decirles que es sin embargo el amor hacia ustedes lo que impulsa mi acción en el mundo, lo que me hace escribir estas cosas que cuando se miran sin profundidad aparecen como un sinónimo de la casi destrucción de ustedes mismos”.

Más claro no puede estar; todo lo que dice en el libro está dictado por el amor a los hijos (“girones de mi alma, pedazos de mi propia carne, [a quienes] estoy sacrificando entre lágrimas amargas”). Y bien, sentadas las premisas, Irma Salinas Rocha se puede librar con entusiasmo a su noble y humanitaria tarea: denunciar, con o sin fundamento, crímenes (tiene la versión “exacta” del asesinato de Eugenio Garza Sada), adulterios (los de tres o cuatro eminentes empresarios regiomontanos, sus hijas y sus lacayos), alta política nacional, fraudes, sobornos, relaciones homosexuales, intrigas, celadas, todo, con los nombres exactos de los protagonistas. Sólo hay una excepción: la autora inventa a una amiga íntima, su alma gemela (misma edad, igual quehacer, idéntica “lucha” y semejantes inquietudes eróticas) para relatar con toda clase de detalles (que en el traslado a la interpósita persona dan por resultado hilarantes confusiones de humor involuntario) el engaño de que la misma autora probablemente fue objeto, promovido por la ORGANIZACION (las mayúsculas son suyas), ese *Nostro grupo* que le ha declarado la guerra para despojar, a ella y a sus hijos, de la fortuna que les pertenece, y para impedir que persista en sus planes de denuncia y “desenmascaramiento”.

La razón del cambio de persona en este pasaje es muy clara: la amiga (Irma misma) es protagonista de escenas pretendi-

Libros de la UNAM

Tres antologías

Para conmemorar el Año Internacional de la Mujer, la Universidad Nacional Autónoma de México publicó en 1976 y 1977 tres antologías: *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, *Poetisas mexicanas. Siglo XX* y *Cuentistas mexicanas. Siglo XX*.

La primera antología¹ no deja de ser una curiosidad: es una edición facsimilar del libro preparado por José María Vigil en 1893. Con motivo del IV Centenario del descubrimiento de América se celebró el año de 1893 una Exposición Colombina en Chicago. La Real Academia Española solicitó a su correspondiente en nuestro país una antología de poetas mexicanos, y la Junta de Señoras (presidida por la señora Carmen Romero Rubio de Díaz, esposa del entonces presidente Porfirio Díaz) correspondiente a la de Chicago, encomendó por su parte a José María Vigil una antología: de *Poetisas mexicanas*.

Hacia el mes de julio de 1893, la antología de poetisas mexicanas, elaborada y prologada por Vigil, se hallaba en exhibición en el Palacio de la Mujer de la Exposición Universal Colombina de Chicago.

"Por encima de los éxitos que nuestro país haya obtenido en el campo de su economía y de su arte, el acontecimiento de mayor importancia fue, sin duda, el que por primera vez en la historia de las exposiciones internacionales se concedió a la mujer el derecho, en igualdad con el hombre, de intervenir en un evento social de interés colectivo", afirman en 1977 los autores del estudio preliminar de esta edición facsimilar. Aunque entusiastas, los comentarios de la época situaban a la antología en un marco mucho más modesto: "los musgos y plumas, los dibujos al lápiz, los cortados a tijera, los versos de las poetisas coleccionados por José María Vigil, las inestimables acuarelas de orquídeas mexicanas".

Como quiera que sea, la antología fue hecha, sin contar el autor para ello de precedentes útiles. Consultó bibliografías fundamentales, revisó los certámenes impresos de la época colonial

(1) *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, antología y prólogo de José María Vigil. Edición facsimilar. Número 43 de la colección Nueva Biblioteca Mexicana del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. México 1977. 362 pp.

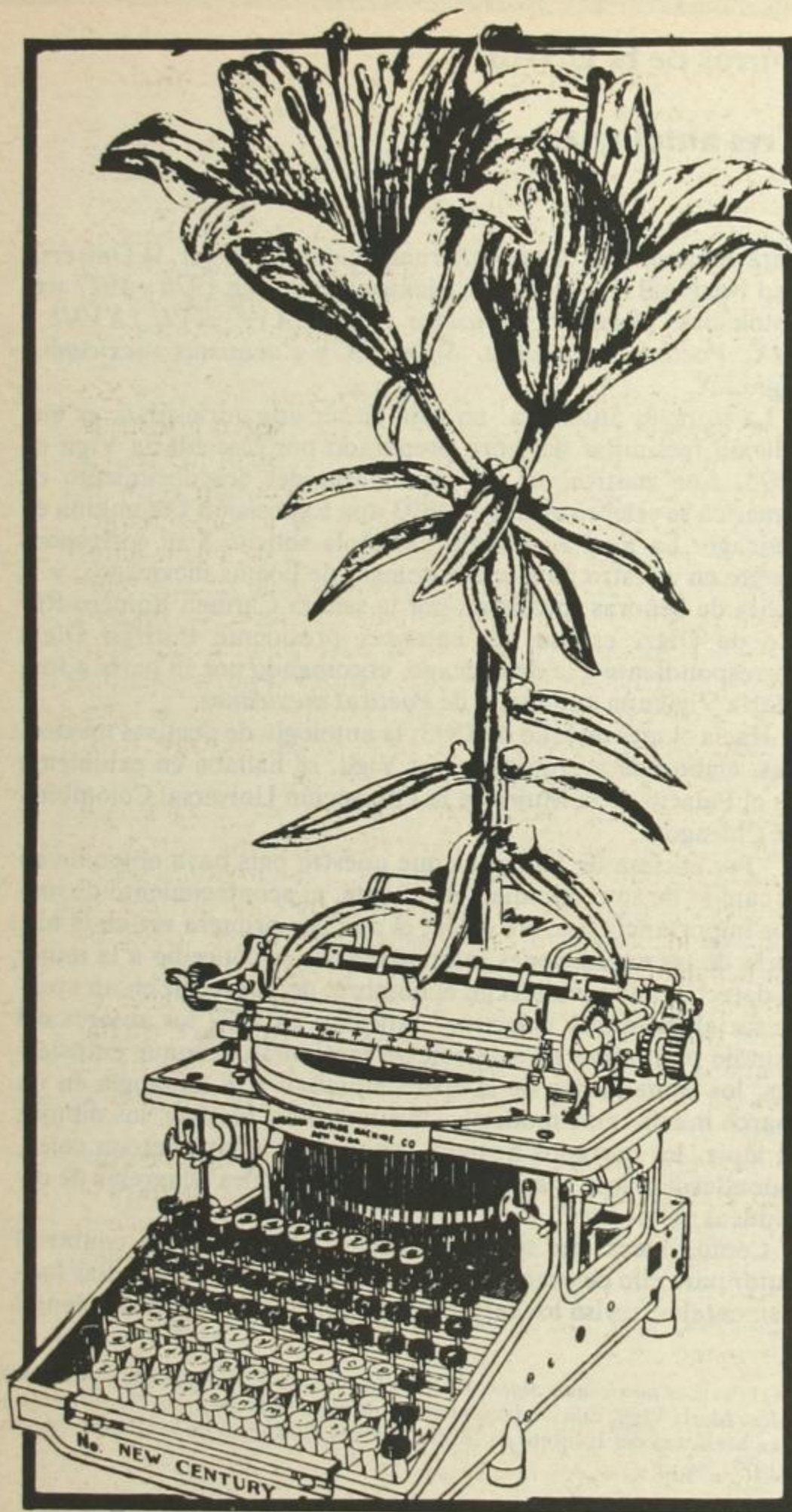


Caricaturas de Palmira

damente eróticas a las que la ha llevado un "apuesto" joven especialmente pagado para ello con el propósito de ulteriores chantajes, escenas cuyo pudor (el de Irma) impide asumirlas como propias.

Pero no hay que engañarse, *Nostro grupo* no es ni un relato de aventuras ni un manual de erotismo (las escenas eróticas son como para dormirse de tedio: tan torpemente están escritas): es simplemente una cloaca cuyas compuertas fueron abatidas por el odio y el deseo de venganza. Irma Salinas Rocha no encontró mejor camino para enfrentar al despojo y al desprecio que volcar, en infame prosa, sus no menos infames sentimientos. Y es una lástima; probablemente otra persona, ésa sí escritora y movida por diferentes resortes, hubiera podido entregar un testimonio eficaz sobre los grupos oligárquicos regiomontanos que no tienen parangón en nuestro país.

Elena Urrutia



y buscó en publicaciones periódicas los materiales que le eran necesarios.

La obra de Vigil fue más de erudito que de crítico. Subordinó el rigor selectivo, que fragmenta una realidad total, en provecho del conjunto indiscriminado que ofrece su antología. "Enamorado del documento y del testimonio, Vigil rescató para el investigador y el crítico futuros un muestrario de materia prima de incalculable importancia. Pero, sobre todo, corresponde a esta obra el privilegio de haber sido en nuestra historia literaria la primera gran antología dedicada a poetisas mexicanas".

Noventa y cinco en total fueron las autoras escogidas y, aunque abarca cuatro siglos de producción lírica, del XVI al XIX, las antologadas pertenecen en su mayoría a la última centuria. La mayor parte de las poetisas de la época colonial fueron monjas. Brilla la presencia excepcional de Sor Juana Inés de la Cruz, quien gana para sí una gloria extraordinaria y salva con su obra el paso de los siglos. "Las demás poetisas, muy pocas de ellas leídas o conocidas en la actualidad, nos hacen pensar en una época en que la mujer estaba relegada a las tareas del hogar; hacer versos, si no era actividad propiamente femenina, al menos no contrariaba el papel de la mujer en la sociedad. Versificar en ocasiones especiales era celebrar las fórmulas del amor ideal, el orden inamovible del hogar, las sanas costumbres, el terruño y la patria. La mujer que hacía versos no era un ser extraño y, además, se la admiraba, si bien sus versos sólo pretendían ser conmemorativos y dar testimonio literario de un suceso notable. Esta poesía tuvo alcances discretos, repitió las consabidas fórmulas del buen decir y la buena escritura", escribe Héctor Valdés en la introducción al libro *Poetisas mexicanas Siglo XX²*, publicado también por la UNAM.

Si en la anterior antología 95 poetisas fueron seleccionadas, en ésta dedicada al siglo XX sólo 17 merecieron del antologista ser considerados por su inclusión. Se podrá aducir que el período abarcado por esta última es mucho menor que el que cubría la primera antología pero, ya se ha dicho, el criterio que privó en ella fue más el de un erudito que el de un crítico.

Así, de María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereyra (¿quién podrá olvidar a la autora del libro de texto para lectura escolar *Rosas de la infancia* que hasta hace pocos años fue la educación literaria de la niñez mexicana?!), nacida en 1872 y muerta en 1968, hasta Germaine Calderón (1950), la antología *Poetisas mexicanas. Siglo XX* abarca la obra escrita en los años que van de este siglo.

(2) *Poetisas mexicanas. Siglo XX*, antología, introducción y notas de Héctor Valdés. Número 44 de la colección Nueva Biblioteca Mexicana del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. México 1976. 227 pp.



Inés Arredondo

María Enriqueta asume el oficio de escribir; la literatura no será para ella un entretenimiento más o menos respetable, sino un trabajo que se convertirá en tarea vital y permanente. ¿Podrá aventurarse que María Enriqueta es la primera "mujer de letras" mexicana contemporánea?

Habrá que esperar hasta los años treinta para que se conozca la poesía de Concha Urquiza, cuyo misticismo y religiosidad son los aspectos más comentados de su obra. En los años cuarenta surge un grupo compacto de poetisas que posee un acento propio. Es la primera generación que hace hablar a la crítica de "poesía femenina". Algunas escritoras fundan y mantienen la revista *Rueca*, que no está dedicada exclusivamente a mujeres a pesar de que en ella colaboran asiduamente. Son los años en que se dan a conocer Guadalupe Amor, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Ema Godoy, Margarita Michelena, Margarita Paz Paredes y Aurora Reyes.

En los años cincuenta aparecen nombres que se suman a los anteriores: Griselda Alvarez, Carmen Alardín, Enriqueta Ochoa y Thelma Nava. Los rasgos comunes van perdiéndose. El ejercicio de la poesía se va transformando en una responsabilidad cada vez más personal. El lenguaje, en vez de unir a las nuevas poetisas, comienza a separarlas.

Más tarde surgirán Isabel Fraire, Elsa Cross, Elva Macías y Germaine Calderón.

"Es lícito creer —escribe Héctor Valdés— que a partir de Thelma Nava se inicia en la poesía femenina un movimiento contrario al que la había distinguido. Lo que parecía rasgos comunes se transformó en diferencias. La poesía de las mujeres no puede ya analizarse en un capítulo aparte como se había hecho en las historias de la literatura. Abolidas las corrientes y las escuelas, un drástico individualismo será la característica de lo nuevo".

La tercera antología, de *Cuentistas mexicanas. Siglo XX*³ NO pretende reproducir los "mejores" cuentos, según asienta la autora de la selección, introducción y notas, sino que recoge aquéllos que son representativos de una circunstancia de la escritora o de la época en la cual escribió su obra. Sin embargo, se puede encontrar un hilo conductor a lo largo de toda la antología, que justifica la reunión de estas mujeres en un solo volumen: la condición de la mujer vista desde muy diversas perspectivas: desde la visión tradicional de María Enriqueta, que abre la antología (al igual que la otra, de poetisas) y llena con su obra las primeras décadas del siglo, hasta los breves relatos de Margarita Dalton, en los que a través de la ironía pretende cuestionar a la sociedad de consumo en que vivimos.

Uno de los aspectos más interesantes de los cuentos aquí reunidos es comprobar que en ellos están presentes y vivos los conflictos que motivan la conducta humana: la incomunicación, la enajenación, la soledad, la injusticia, la libertad, el amor, la búsqueda de identidad, la necesidad de renovación, la liberación por la palabra, el presentimiento de un mundo mejor.

Veintidós autoras fueron seleccionadas con dos o tres cuentos cada una; Guadalupe Dueñas, Elena Garro, Rosario Castellanos, Amparo Dávila, Inés Arredondo, Julieta Campos, Elena Poniatowska y Esther Seligson atraen para sí reconocimiento unánime.

Cuando el pretexto desaparece, o se pierde en la distancia (en este caso, el Año Internacional de la Mujer), lo importante es lo que queda (en este caso las tres antologías). Sería importantísimo sólo que permanezcan como un intento serio por consignar una parte del quehacer literario de la mujer en nuestro siglo y en siglos pasados, sino que conocieran, también, la difusión que tal esfuerzo merece.

(3) *Cuentistas mexicanas. Siglo XX*, antología, introducción y notas de Aurora M. Ocampo. Número 45 de la colección Nueva Biblioteca Mexicana del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. México 1976. 319 pp.